

GUA.—¿No parará usted el golpe, don Román?...

ROMAN.—Yo te recomendaré a otra Empresa.

GUA.—¿A otra? ¿Aquí tuvo usted algún enfado por mi culpa?

ROMAN.—No...

GUA.—¿Y entonces? ¿Es que me porto mal? ¿Es que no sirvo? ¿Es que me tienen antipatía?

ROMAN.—No, mujer...

GUA.—¿Y entonces? ¿No quiere decirme lo que es? ¿No quiere, Barraditas?

ROMAN.—¡Pues sí quiero! Y váyase la crueldad por la sinceridad. Don Bruno, que estaba propicio a pagar el sueldo de una amiga siempre que fuera muy amiga mía, no lo está si la amiga es amiga nada más.

GUA.—(*Echándose a llorar; con alma.*)—¡Don Román!

ROMAN.—¡Perdóname, Guadalupe! Pero ya que tuve la precisión de empezar, ahora es inevitable la de concluir. Luego me preguntó descaradamente cuál era el grado de nuestra amistad. Yo le he respondido con la exactitud de los hechos, y para que tú quedaras en el correctísimo lugar que te corresponde.

GUA.—(*Secándose las lágrimas con ira.*)—

¡¡Bien! Y en vista de eso... ¿me despide? ¡¡Bien! Hizo usted perfectamente. Fué usted muy caballero al no titubear en esa contestación, evitándome una sospecha inmerecida; mi buen nombre sale ganando por la delicadeza de usted; yo le quedo muy agradecida... ¡agradecidísima!... ¡pero me reventó usted, don Román!

ROMAN.—¡Guadalupe!

GUA.—Con la mejor intención y con la nobleza más grande, sí... ¡Pero me reventó usted, don Román! Yo no habría sido más mala ni más buena de lo que soy porque usted dejara decir, y una murmuración más, en donde hay tantas, no sería tampoco ninguna cosa sensacional.

ROMÁN.—Confieso mi torpeza.

GUA.—No, no. Usted hizo muy bien y fué usted muy leal.

ROMÁN.—Y lo peor es que no sé cómo arreglarlo... Si hubiera podido sospechar que no te ofendería gravemente...

GUA.—¿Ofenderme? No tengo posición bastante para que llegue a ser ofensa nada de lo que me digan... Dolerme sí, me dolería amargamente... Y más aún que el haberlo dicho, la tristeza de estar en un mundo en donde es menester que esas cosas se digan para que una mujer pueda vivir.

ROMÁN.—Tienes razón...

GUA.—Y sólo el haberlo preguntado es tan vil, tan...

ROMÁN.—¡Calla! Don Bruno quedó en volver... puede que sea él...

GUA.—¿Qué más da?

ROMÁN.—¡Calla! ¿Me permites?

GUA.—¿Abrazarme? ¡¡No!!

ROMÁN.—Para que se lo crea y parar el golpe...

GUA.—Don Román...

ROMÁN.—¡Decidete!

GUA.—Bueno... bueno... ¡bueno!

ROMÁN.—*(La abraza y queda un instante escuchando.)*—Quien fuera, pasó de largo...—*(Soltándola.)*—Dispénsame, Guadalupe...

GUA.—Don Román... ¡Don Román!

ROMÁN.—Y convengamos en que es bien sensible que estas cosas, tan divinas cuando la voluntad las concede, sean impuestas muchas veces por la dura ley de la necesidad.

GUA.—Ya lo ve usted... Podemos no ser malas, pero a condición siquiera de parecerlo... Sólo se libran las que tienen una gran protección o un talento muy grande que desde el primer día las impone... ¡para las demás, los comienzos del oficio son muy crueles!

ROMÁN.—¡Viene! ¿Me permites?

GUA.—¡No! Sí... sí...

ROMÁN.—*(Abrazándola.)*—Lo que tienes que hacer es sencillamente decirle a una amiga que te acompañe...

### ESCENA XVI

DICHOS: FORRAGUEIRA

FOR.—Conque no, ¿eh...?

GUA.—*(Fingiéndose sorpresa.)*—¡Ah!

FOR.—Usted sabrá de comedias, ilustre autor, pero de mujeres y de hombres sé yo más.

ROMÁN.—Ya no hay manera de negarlo...

FOR.—Sería igual. Yo, ver y creer, como San gnacio.

ROMÁN.—Exactamente.

FOR.—Tenemos que hablar un poco. Deja ahora al tórtolo.

GUA.—*(Indinada.)*—¡¡Al tórtolo!!

FOR.—*(Riendo.)*—¡¡Ésta aún lo va a negar...! ¡Son famosas! Anda a escena, anda.

*(Empujándola)*

GUA.—Lo hubiera entendido también sin empujar.

ROMÁN.—*(Severo.)*—Guadalupe...

GUA.—(*Mira a Roman, baja los ojos y mutis*).

FOR.—*Fieras, feritas...*—(*Sentándose al lado de Román, que permaneció sin levantarse.*—*¿Para qué ocultármelo, hombre...? Si me parece perfectamente que todos se diviertan. Eso es lo natural. Bueno. Usted verá esta noche a esa chiquilla, ¿verdad?*

ROMÁN.—No.

FOR.—(*Con picardía*).—*¿No...?*

ROMÁN.—(*Con mucha picardía*).—*¡Sí... sí...! ¡Ya lo creo que sí!*

FOR.—Es lo natural. Bueno. Dígale que no pase ya por Contaduría.

ROMÁN.—Al revés.

FOR.—Siendo cosa de usted, ya no la despi-do. ¿Eh, don Román?

ROMÁN.—Siendo cosa mía, hay que aumentarle algo el sueldo.

FOR.—¡Eso no!

ROMÁN.—Sea usted amable, Forraqueira. Y no por ella, sino por mí, para que no digan que el autor predilecto de la casa tiene amores con una meritoria. ¡No, no, con una actriz! Y el ser actriz es cuestión de sueldo. Con eso, yo me honraré más, y ella ganará más... y se deshonrará igual. Sea usted amable...

FOR.—¿Cuánto?

ROMÁN.—Otro durillo. No es la ruina...

FOR.—Va muy mal el negocio...

ROMÁN.—Eso no me lo cuente a mí. A otro, a otro.

FOR.—No digo que pierda todavía, pero...

ROMÁN.—(*Atajándole*).—¿Qué?

FOR.—Es un gran sacrificio... pero, en fin, tratándose de usted no quiero desairarle. Le aumentaremos el sueldo.

ROMÁN.—Muchas gracias.

FOR.—Una peseta.

ROMÁN.—Tómela.

FOR.—Digo que...

ROMÁN.—(*Secamente*).—Ya sé lo que usted dice.

FOR.—¡Aumentaré dos, vamos!

ROMÁN.—Usted verá... pero tratándose de una insignificancia, excusemos las miserias, que usted va a perjudicarse con el aumento y yo no voy a quedar complacido por el regateo.

FOR.—Es que las circunstancias...

ROMÁN.—Usted verá...—(*Muy sonriente*).—Hasta luego, Forraqueira.

(*Mutis*).

FOR.—Habrá que aumentar el duro a esa...

pero a éste le rebajo diez representaciones de su estreno.—(*Calculando*).—No, le rebajo quince... eso es, quince.—(*A Guadalupe que entra*).—¿Acabásteis?

## ESCENA XVII

FORRAGUEIRA, GUADALUPE: luego ESTEBAN

GUA.—Van al final ahora.

FOR.—Bueno. A ver si arreáis para el otro acto, que es tarde.

(*Mutis*).

EST.—(*Haciendo seña a alguien de fuera, como diciendo: ¿aquí? Gracias*).—¡Guadalupe...!

GUA.—(*Volviéndose rápidamente*).—¿Tú...? ¿Tú aquí, Esteban? ¿Qué pasa?

EST.—Nada. ¿Qué va a pasar?

GUA.—Cuatro años pidiéndote que vinieras; cuatro años resistiendo por asco.

EST.—No.

GUA.—Por odio a esta vida íntima del teatro, que no es buena, pero que tú te la imaginas aún peor; y ahora, de pronto, vienes espontáneamente. ¿Qué pasa, Esteban?

EST.—Que me llamaron hoy del Ministerio.

GUA.—(*Gozosa*).—¿Y ya estás colocado?

EST.—Sí, ya.

GUA.—¡Bendito sea Dios!

EST.—¿Ves como no era nada malo?

GUA.—¿Y vienes para que sea yo la primera que lo sepa?

GUA.—Y para llevarme de aquí, para arrancarme de esta vida que tú odias, y que yo—ahora te lo puedo decir—la aborrezco con toda mi alma, y el día que la deje me parecerá que he vuelto a nacer. ¡Cuenta, cuenta, habla!

EST.—Pues verás...

GUA.—Aguarda un momento. Déjame quitar el colorete y los tiznes y el sayal este de mi condena, para que me veas mejor a mí misma.

(*Se quita la chaquetilla y la falda, tirándolas al suelo; después se lava y se fregotea furiosa con la toalla, poniéndose su traje de calle*).

EST.—Antes bien entusiasmada parecías con el afán de ser una artista.

GUA.—¿Y quién duda que es hermosísimo el crear un personaje, hacer sentir, que rían o que lloren al vaivén de mis palabras, y después recibir en plena cara las ovaciones cariñosas de los públicos? ¿Quién lo duda? Pero entrar con una tarjeta, decir que están servidos los señores o que volverá a las siete don Fulano... ¿qué tiene

que ver eso con el Arte? Eso es oficio y nada más que oficio.

EST.—Tú sabrás.

GUA.—Por mí lo sé. Calcula si me va por cerca la sabiduría... ¡Pero habla ya de lo tuyo, habla!

EST.—Fui a ver al Jefe del Personal y me dijo que me tocaba ya el turno de aspirantes, destinándome al Juzgado de Estella.

GUA.—(*Brincando de gozo.*)—¿A Estella? ¿Conoces Navarra? ¡Es divino todo aquello! ¡Divino! ¿Aceptarías?

EST.—Ya lo creo.

GUA.—¡Va a ser un encanto el vivir allí! ¡Por que... vamos, es divino! Yo estuve por allí con la Compañía todo un verano.

EST.—¿Con la Compañía... trabajando?

GUA.—¡Claro!

EST.—Claro... sí. El Jefe me rogó, en nombre del Ministro, que vaya inmediatamente a posesionarme, y como aquí no tengo nada que hacer, le he prometido salir mañana.

GUA.—(*Asombrada.*)—¿Mañana?

EST.—Sí, en el correo de las ocho.

GUA.—(*Súbitamente sombría.*)—¿Mañana...? ¿Y tendremos tiempo para arreglar nuestro asunto?

EST.—No.

GUA.—Entonces... ¿Entonces vas sólo?

EST.—¡Qué remedio!

GUA.—¿Y vuelves?

EST.—Dependerá de cuando me concedan permiso...

GUA.—¡Pero tú habías prometido que nos casaríamos en el momento de tener plaza!

EST.—Y en ello estoy, sólo que algo más adelante.

GUA.—¿Ahora no?

EST.—Ahora es imposible. Yo no puedo ir al primer sitio que me señalan—y a una población pequeña, en donde todo son hablillas y comentarios—de recién casado con una cómica.

GUA.—¡Esteban!

EST.—Con una actriz...

GUA.—¡¡Esteban!!

EST.—No conociéndome a mí todavía y conociéndote a tí únicamente del teatro... con los prejuicios y las exageraciones de las provincias... podrían hacernos el vacío y crearme una situación difícil para un cargo en el que se requiere tanto prestigio y tanta buena fama.

GUA.—(*Altivamente.*)—Es verdad.

EST.—Cuando ya me respeten por mi mismo... o cuando me trasladen a una ciudad más amplia, más...

GUA.—Más amplia, eso es... Pero yo no tengo más que tu cariño en el mundo... ¿y me dejas? Esta atmósfera, este ambiente es peligroso para las mujeres sin amparo... ¿y me dejas? Tú sabes o te lo puedes figurar bien, que me buscan y me solicitan como a todas, y que yo hasta hoy los mandé a todos noramala fiándome en tu palabra... ¿y me dejas?

EST.—Mira Guadalupe...

GUA.—Responde.

EST.—Razonemos primero...

GUA.—Responde. ¿Lo sabes? ¿Y me dejas?

EST.—Para volver a buscarte.

GUA.—¿Cuándo?

EST.—No puedo precisar la fecha, porque...

GUA.—¡Bastal Dispensa, Esteban; tengo que vestirme para el otro acto.

EST.—Yo quisiera que tú comprendieras bien la situación mía de momento.

GUA.—(Riendo)—¿Comprenderla bien? (Desesperada.) ¿Qué será comprenderla bien, Dios mío? Sé que el amor ha terminado.

EST.—¡No!

GUA.—(Con ira.)—¡Sé que el amor ha terminado! ¡Sé que ya no he de contar con el único hombre, con la única persona en quien me con-

fiaba; sé que ya no puedo tener la ilusión de formarme un hogar, y sé que irremediamente he de volver a mi mal oficio de mala cómica...! Si algo más he de saber, ¡dímelo pronto, Esteban! ¡Por caridad, dímelo pronto!

EST.—Excitándose así no hay manera de hablar.

GUA.—Y ahora comprendo también por qué vienes al teatro y no has ido a mi casa. Allí, a solas los dos, le tuviste miedo a una conversación demasiado amarga... o demasiado violenta.

EST.—Te juro que no lo he pensado.

GUA.—Admítela, que es bien pequeña la equivocación. En cambio yo contigo me equivoqué por completo y en todo. ¡Ya ves que aún pierdo yo!

EST.—El error tuyo consiste en pensar que trato de romper nuestros amores.

GUA.—¿Nuestros amores? Déjalos ya, déjalos. No zarandees a los muertos.

*Se vuelve para marchar,  
ve la ropa tirada y la recoge  
resignada.*

EST.—¡Guadalupe!

GUA.—Dispensa, Esteban. Tengo que vestirme para el otro acto.

EST.—¿Quieres que nos separemos así?

GUA.—Así.

EST.—¿Con ira? ¿Con un mal recuerdo...? Como tú dispongas. Entonces, ¿adiós? Y perdóname, Guadalupe... ¡¡Pues adiós!!

(Mutis.)

GUA.—(Que a cada pregunta se encogió de hombros, queda un momento erguida y altiva, pero al desaparecer Esteban se desconsuela y cae vencida, destrozada, deshecha.)

### ESCENA XIX

GUADALUPE: ROMÁN

ROMÁN.—No llores, boba, que eso está arreglado.

GUA.—¿El qué? ¿Lo del teatro? ¿Y qué me importa a mí lo del teatro? ¡Así se hunda y nos aplaste a todos!

ROMÁN.—¿Qué te ocurre?

GUA.—¡He roto con Esteban!

ROMÁN.—¿Lloras por un hombre...? ¡Pues así que no los hay de sobra!

GUA.—No es pena solamente, aun siendo muy grande. Es rabia contra mí misma, ¡porque

no me explico lo que sucede, porque es absurdo lo que a mí me pasal

ROMÁN.—¡Bah... bah...! Absurdo es todo, Lupe. ¡Todo! Tiene razón Hércules. Desde el nacer, sin que uno lo pida, hasta el morir, sin que uno lo desee. ¿Qué lógica tiene que unos estén enfermos y otros estén sanos, que unos sean Emperadores y otros sean mendigos? Contesta... ¿qué lógica tiene eso?

GUA.—No sé...

ROMÁN.—¿Por qué ha de haber tormentas e inundaciones y naufragios? ¿Por qué? En la gran familia del mundo, hermanos todos... ¡Bueno, hermanos!... ¿No es absurdo que haya distintas ideas y distintas religiones para aborrecerse mutuamente, que haya fronteras para separarnos, que haya infinitos idiomas para no entendernos y que haya guerras para exterminarnos? Contesta... ¿Qué lógica tiene eso?

GUA.—No sé, don Román, no sé...

ROMÁN.—Y bajando a lo más diminuto y más inmediato, por ejemplo a lo que te afecta personalmente... ¿qué sentido común has encontrado en el transcurso de tu vida? ¿Es razonable que a los ocho años te quedaras sin padres, sin fortuna, sin el consejo ni la protección cariñosa de

nadie... y que, además, los extraños te exijan que seas muy formal y muy juiciosa?, que es como si te dejaran un día de lluvia en mitad del campo diciéndote: ¡¡Mucho cuidado con mojar te, eh!!

GUA.—Algo así fué... Algo así.

ROMÁN.—¿Es en tu profesión en donde ves la lógica? Llevas tres años interpretando genialmente las señoras que no hablan... o las criadas... que valía más que no hablaran. Has sido puntual y estudiosa... y, sin embargo, por delante de tí pasaron cien actrices con mejores papeles y con más sueldo. Diez que lo merecían y noventa que se lo ganaron con sus habilidades extra-artísticas. ¿Miento?

GUA.—Desgraciadamente no es mucha mentira...

ROMÁN.—¿Es en tus amistades en donde se refugió el buen proceder? ¿En ese marqués que te trae bombones y que luego te recrimina porque eres ingrata y no correspondes a su generosidad? ¿En todos los demás que te juzgan fácil porque te ven sola? No, no es en esos, ¿verdad?

GUA.—¿Qué ha de ser!

ROMÁN.—Entonces... ¿será en tu amor? ¿En el hombre que sigue una carrera, que hace opo-

siciones brillantísimas y que se consagra a la misión más augusta y de mayor responsabilidad moral... ¡a ser juez!, ¡a fallar de vidas y haciendas!, ¡a deshonrarnos con solo que nos procese!... ¿Y ese hombre ha empezado a administrar la severa justicia, la inapelable justicia... cometiendo la bellaca injusticia de abandonarte a tí...? ¡No será en ese, no, en quien tú me puedas decir que hallaste la perfección!

GUA.—¡¡No!!

ROMÁN.—Claro que no. Y si en todo, lo grande y lo pequeño, vivimos dentro de lo absurdo... ¿vas a pretender tú que haya una lógica para tí sola? No desbarres, Lupita, no desbarres, y acógete a lo que tengas mientras viene lo que deseas.

GUA.—¿Al teatro? No sirvo.

ROMÁN.—¡Bah, bah...!

GUA.—Y, además, no puedo, que este golpe me quebrantó.

ROMÁN.—¡Bah, bah...!

GUA.—Es que siento que se desmorona la vida, porque a ese hombre le había dado el corazón entero... ¡y se lo llevé!

ROMÁN.—¿Ya no tienes corazón? Pues al teatro ¡decididamente al teatro! Ahora sí que vas a ser una gran cómica.



GUA.— ¡Don Román...

ROMAN.— Te lo garantizo. En el escenario y fuera del escenario, en la ficción y en la realidad, lo único que nos estorba es el propio corazón. ¿Tú no lo tienes? Pues ya estás en franquía para luchar y para vencer.

GUA.— (*Alucinada.*) — ¿Vencer? ¿Triunfar?

ROMAN.— Te lo garantizo. Tienes facultades, pero te sobran escrúpulos. Si echas por la bandan unos pocos, tú llegarás.

GUA.— (*Entusiasmada, mirando a lo lejano, al porvenir.*) — ¡Triunfar!...

ROMAN.— Créeme a mí, Guadalupe... y digamos juntos la salve de los desengañados: Corazón que te marchas... ¡anda con Dios!

GUA.— ¡No, no!

ROMAN.— ¡Dilo, no seas boba, dilo!

GUA.— ¡Triunfar!... ¡Si! Corazón que te marchas... ¡anda con Dios!!

ROMAN.— ¡Marcheth..., tú serás rey! ¡Guadalupe, tú serás actriz!

GUA.— ¡¡Triunfar..., triunfar!!

TELÓN

## ACTO TERCERO

Un cuarto de teatro, ahora lo más elegante que se pueda. Luces encendidas, aunque es de día. En Octubre. Han pasado tres años.

### ESCENA PRIMERA

GUADALUPE, ayudada por DOROTEA, acabando de vestirse un traje de recepción.

GUA.— Puedes abrir ya.

DOR.— ¿Recuerda la señorita que ha de volver el empresario de Barcelona?

GUA.— Resueltamente no voy.

DOR.— Pues yo lo pensaría un poco más. Diez duros, un beneficio, ir de primera a un buen teatro...

GUA.— Es mucho, sí; pero todo ello no me compensa el abandonar Madrid.

DOR.— Aún comprendería que lo rechazara si hubiera por estos países alguien de su gusto...

GUA.— Nadie. A todas horas estás tú conmigo. ¿Quién mejor que tú para saberlo?